

a Juan Niño como Maestre; y a Pedro Alonso Niño, Juan de Umbría y Sancho Ruiz como Pilotos⁸, pero no dicen que el tal Pero (o Pietro) Alonso fuese negro. De serlo, en todo caso, se trataría de un negro *ladino*.

La palabra *ladino* es una transformación que equivale a *latino*, voz ésta que se aplicó originalmente en España a cuantos aprendían a hablar en latín con elegancia y propiedad. De ahí su posterior extensión a los que mostraban habilidad en cualquier oficio o asunto, así como los moros y extranjeros que podían comunicarse con desenvoltura en castellano (C. Esteban Deive 1980: cit., p. 35). Esclavos ladinos eran los importados de los mercados de Sevilla y Lisboa, los nacidos en Castilla o Portugal, o los residentes en esos reinos el tiempo necesario para aprender la lengua de sus amos (Ibid.).

La inmediata aparición del negro al lado de los europeos descubridores y conquistadores del Nuevo Mundo, ha sido causa de desconcierto en no pocos historiadores y ensayistas contemporáneos; al punto que los designan con un contradictorio nombre de *esclavos-conquistadores*⁹, que peca de paradójal en su misma antinomía. Estos negros no son otros que los llamados «ladinos», que ya existían en la España precolombina (como ya dejáramos constancia en el capítulo anterior) y que al momento del Descubrimiento y conquista devinieron «aliados» o «auxiliares» de los castellanos que incursionaron en el Nuevo Mundo. En nuestra opinión, la relación de los *negros auxiliares* con los conquistadores hay que mirarla a través de los negros ladinos que en la España del siglo XV pasaban de 50.000 en un cálculo bastante conservador si consideramos la afirmación que Boxer da para Portugal, estimando que «alrededor de 150.000 esclavos negros fueron probablemente capturados por los portugueses entre 1450 y 1500».¹⁰ De estos negros eran considerados *ladinos* los que, además de dominar la lengua española o portuguesa, abrazaban la religión católica y eran asimilados a la cultura peninsular. Adiestrados en la milicia, devienen aliados o auxiliares de los conquistadores al ser solicitados por estos en las capitulaciones que previamente subscriben con la Corona española.

A partir de entonces resulta muy difícil seguir el rastro de los negros ladinos en América. Los cronistas de la conquista prefirieron concentrarse en las hazañas de los castellanos, y por lo tanto es escasa o nula —si no anecdótica— la información que proporcionan sobre los negros. Los historiadores del siglo XIX, con el bostoniano William Hickling Prescott a la cabeza, son hispanófilos que no ocultan sus prejuicios antinegristas. Y en cuanto a los contemporáneos, su recalcitrante indigenismo les lleva a ver en el negro al más gratuito e incondicional sirviente de los castellanos, sin distinguir entre ladinos y esclavos o, lo que es peor, dilatando la presencia de los «negros aliados» mucho más allá de su corta historia, que en ningún caso pasó del siglo XVI.

Sabido es que la conquista del Perú se proyecta desde Panamá por los conquistadores Francisco Pizarro, Diego de Almagro y el cura Hernando de Luque, el 10 de marzo de 1526. Pero un año antes, en el primer viaje de exploración en que los hombres de Pizarro son repelidos por los indios en las costas del Darién, «fue un negro el que le salvó la vida a Diego de Almagro en la aventura de Pueblo Quemado, duramente ata-

⁸ P. de F.

⁹ Mellafe 1964: 26.

¹⁰ C.R. Boxer: *The Portuguese Seaborne Empire, 1415-1825*, N.Y. 1969.

cado por los indios que se defendían con bravura contra los invasores» (Mac-Lean y Estenós 1948: 17). Una flecha o un lanzazo le había vaciado un ojo a don Diego de Almagro en esa lucha con los indios.

A renglón seguido, dice el mismo autor:

Uno de los trece inmortales de la Isla del Gallo fue también un negro, llevado posteriormente a Tumbes. (Ibid.)

Este pasaje previo a la conquista del Perú, por el que algunos ven en Pizarro a un nuevo Julio César atravesando el Rubicón, ha sido relatado por cronistas como Cieza —que consigna los nombres de trece conquistadores— y Jerez —quien dice que fueron dieciséis. Si hubo un negro entre ellos no debe haber sido tomado como protagonista; tal como en otros hechos memorables se ha ignorado la presencia de guías e intérpretes indios. Pero el hecho de que este mismo negro que estuviera con «los trece inmortales» fuera «llevado posteriormente a Tumbes», nos lo identifica con el ayudante del artillero Pedro de Candia, quien no sólo estuvo entre los trece de la Isla del Gallo (IX-1527) sino que fue uno de los tres primeros en pisar tierra de los Incas (1528):

A la bahía de Tumbes llegó Pizarro en su segunda expedición y a su floreciente ciudad bajaron Alonso de Molina y un negro, primero, y el griego Pedro de Candia, después (J. Bromley 1935: 23).

Este negro que desembarca en Tumbes debe ser el mismo «africano asistente del maestro artillero (¿Pedro de Candia?) en la expedición de conquista de 1531, hombre tan respetado que mereció llevar el título de capitán, hasta que el amargo partidismo de las guerras civiles causó su muerte a manos de la facción de los Pizarro»¹¹. Luego tenemos el caso de Juan Valiente, uno de los aproximadamente 150 negros que acompañaron a Diego de Almagro en su expedición a Chile en 1535. Valiente, un esclavo fugitivo de México, sobrevivió a la aventura chilena de Almagro y posteriormente se unió a la expedición de Pedro de Valdivia, yendo a Chile como soldado libre, con armas y caballos propios, y por sus servicios en la nueva colonia recibió una concesión de tierras y el privilegio de emplear trabajo de los indios.¹²

Caso notable este de los negros en la vida y obra del Adelantado Diego de Almagro. Al margen de los muchos que siempre figuraron bajo las tropas a su mando, cabe citar a la negra Margarita, que sirvió fielmente a Almagro en Panamá, lo acompañó durante la conquista del Perú y permaneció a su lado durante su encarcelamiento y hasta su ejecución. Lapso que bien podría abarcar desde 1520 a 1538. Agradecido, Almagro le concedió la libertad al morir. Como es sabido, Almagro fue vencido por Hernando Pizarro en la batalla de Las Salinas (26-IV-1538) y luego conducido a la ciudad del Cuzco, donde Hernando Pizarro, tras un proceso sumario, le hizo dar garrote vil (8-VII-1538), y el verdugo que ajustició a don Diego de Almagro, ¡fue un negro!...

La llamada «guerra de los encomenderos» prosiguió cuando el hijo de Almagro se alzó contra los Pizarro para vengar la muerte de su padre. Y en todo este ciclo de las

¹¹ Roberto Levillier: Documentos del Archivo de Indias, Madrid, 1921-26, 2: 404-5.

¹² Rolando Mellafe: La introducción de la esclavitud negra en Chile: tráfico y rutas, *Stgo. de Chile*, 1959, pp. 42-50.

llamadas «guerras civiles» hubo negros en ambos bandos. En la decisiva batalla de Chupas, por ejemplo, el derrotado ejército de Almagro el Mozo incluía alrededor de 1.000 negros; y en la batalla de Añaquito, contra el virrey Blasco Núñez de Vela (1546), el victorioso ejército de Gonzalo Pizarro contaba con no menos de 600 auxiliares negros (Bowser 1977: 28). La última revuelta que atormentó al Perú durante ese período fue la encabezada por Francisco Hernández Girón (1553-1554), quien alzó bandera contra la Corona española. Desesperado por aumentar sus fuerzas facciosas, Girón hizo lo que hasta entonces nunca se había atrevido intentar comandante español alguno: ofreció la libertad a todos los esclavos que se le unieran y armó a sus seguidores negros para participar en la batalla:

Después adelante, siguiendo su tiranía, tuvo Francisco Hernández más de trescientos soldados etíopes, y, para más honrarlos y darles ánimo y atrevimiento, hizo dellos ejército formado. Dioles un Capitán general que yo conocí, que se decía maese Juan; era lindísimo oficial de carpintería; fue esclavo de Antonio Altamirano... Sin los oficiales mayores, les nombró capitanes, y les mandó que nombrasen alfereses y sargentos y cabos de escuadra, pífanos y atambores, y que hiciesen banderas, todo lo cual hicieron los negros muy cumplidamente; y de los (negros) del campo del Rey se huyeron muchos al tirano, viendo a sus parientes tan honrados como los traía Francisco Hernández, y fueron contra sus amos en toda la guerra (Garcilaso 1962: 1015-6).

Los negros se portaron muy bien en la batalla. La Corona, por su parte, empleó a africanos en los preparativos militares para suprimir la rebelión, y muchos de sus partidarios llevaron sus negros como ayudantes a lo que fue una victoria: la de Pucará, en 8 de octubre de 1554.

Terminada la conquista de América y consolidados los virreinos de Nueva España (México) y Nueva Castilla (Perú), el negro ladino participará al lado de los navegantes españoles en el descubrimiento de Oceanía. Los debe haber llevado el Adelantado Alvaro de Mendaña en su primera expedición que partiera del Callao (Perú) en 1568, explorando las Islas Salomón, bautizando algunas islas del archipiélago con nombres españoles, como es el caso de Guadalcanal. De vuelta a Madrid, Mendaña celebra capitulaciones con el Rey, comprometiéndose a conquistar y poblar las islas del Mar del Sur, recibiendo en cambio títulos, privilegios y autorización para llevar consigo:

«...ochenta esclavos negros, la tercera parte hembras».

(A. Townsend Ezcurre 1963: 2).

Pero de vuelta a Lima la administración virreinal le pondrá trabas y recién, en abril de 1595 podrá zarpar del Callao en cuatro navíos bien aparejados, haciendo escala al mes siguiente en la costa norte del Perú para reclutar expedicionarios en ese emporio negrero que era la entonces Villa de Santiago de Miraflores de Saña. Sañeros y trujillanos, sumados a los españoles y limeños que venían de la Ciudad de los Reyes (Lima) completaron la expedición de Mendaña con un total de 368 personas.

Otro tanto ocurriría diez años más tarde con la expedición del portugués navegante Fernández de Quiróz, que, con mayor fortuna que el Adelantado Mendaña, emprendió viaje el 21 de diciembre de 1605, partiendo al mando de dos galeones y un patache, cargados de frutas y animales del Perú a la colonización de la *Terra Australis Incognita*. A 1.700 leguas de Lima, cuando encontró una isla grande y fértil, decidió fundar, el 14 de mayo de 1606, la capital de su *Australia*; la llamó Nueva Jerusalén y,